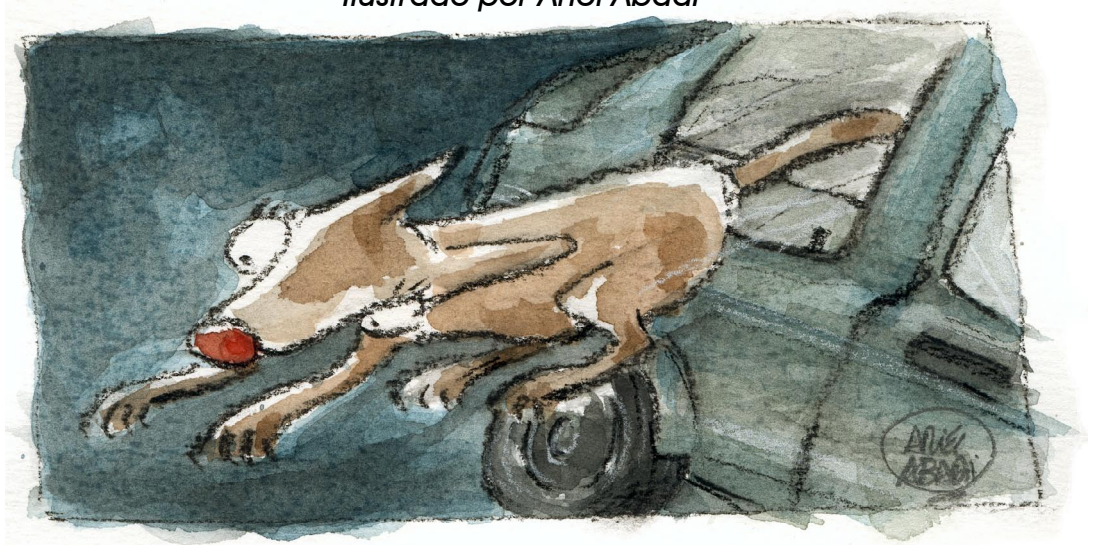


Ariela Kreimer
**La guarida de los
perros tristes**

Segundo premio en el Concurso Internacional de Cuentos
para Niños de Imaginaria y EducaRed

Ilustrado por Ariel Abadi



*A Casiporro Gil del Hambre, caballero de la Oreja,
quien al final de sus aventuras y desventuras supo hallar una guarida feliz.*

Mar, acantilado, avenida costanera y el pueblo atrás: un lugar de vacaciones como cualquier otro. Y la guarida es algo así como un nudo al final, la unión de las cuatro cosas. El sonido del mar, el reparo de los acantilados, las luces de la avenida y las sobras del pueblo.

No hace frío, pero el pelaje de la Renga no se lleva bien con el viento. Las orejas caídas, la cola como un cable desenchufado... Repasa con la mirada las pocas ventanas que iluminan distraídas lo que queda de la tarde. Su estampa de perra vieja no asusta a los Perritos Nuevos, que la miran con ojos casi abiertos casi cerrados.

—¿Cuánto tendrán? —pregunta la Chillon.

La Renga no contesta.

—¿Hermanito Perdido era así de chiquito cuando se lo llevaron?

Texto © 2004 Ariela Kreimer. Dibujo © 2004 Ariel Abadi. Permitida la reproducción no comercial, para uso personal y/o fines educativos. Prohibida la reproducción para otros fines sin consentimiento escrito de los autores. Prohibida la venta. Publicado y distribuido en forma gratuita por Imaginaria y EducaRed:

<http://www.educared.org.ar/imaginaria/cuentos>

La Renga no contesta. Pero sí, a simple vista no son diferentes de como eran la Chillona y sus tres hermanitos cuando llegaron a la guarida, junto con los primeros turistas. A uno se lo habían llevado al poco tiempo y no lo habían vuelto a ver. Pero... ¡si habrá visto cachorros como éstos la Renga! Camadas enteras crió después de que ese ruido sordo acabó con su carrera. A ladrona profesional había llegado, para orgullo de sus diez hermanos, cuando don Carnes —ninguno sabe su verdadero nombre— hizo colgar el cartel de “Buscada” en los alrededores de la carnicería. Y ya ni ganas le quedaron de contar sus viejas hazañas.

—¡Mal momento pa’ tener cría! —masculla. El sol se cae temprano, las lámparas se niegan a encenderse; todo indica el fin de la temporada. Habrá que acostumbrarse; los Perritos Nuevos, si sobreviven las primeras lunas, formarán parte de la manada estable. Sin despedidas hasta que el calor apriete.

—Vaya, Chillona, vaya a los tachos a buscar algo de comer que yo me quedo cuidando a los chiquitos —la Renga sabe organizarlos. —¡Negro! ¡Vago! ¿Qué esperan? ¡Sigan a su hermana!

A la Loca la deja seguir en su puesto, fiel, ladrándole a los autos que pasan. Invierno y verano ladra, desde que años atrás un coche grande, color verde musgo, se llevó a su único cachorro.

Arisco y Colita habían conseguido un buen almuerzo —la gente saca a la calle lo que queda en las heladeras antes de marcharse— y ahora esperan la comida mientras juegan con algunos de sus tesoros: un barrilete roto, un sombrero de paja, un barrenador.

Salvaje aguarda en lo alto del acantilado, lo más lejos posible del pueblo.

Los Perritos Nuevos están desde la mañana, pero nadie se animó a sacarlos de la caja. Tampoco lo hace ahora la Renga, que los olfatea, los acicala un poco y los acomoda para protegerlos del viento.

Y ya llega de vuelta la Chillona, arrastrando los restos de un asado de despedida en la clásica bolsa de la carnicería de don Carnes. Y ya llegan el Vago y el Negro, arrastrando un par de pescados con olor a anteayer. Lenta y trabajosamente, la Renga se aleja de los perritos. Aleja su preocupación y su

ternura, y reparte equitativamente las provisiones.

Cada uno busca un lugar tranquilo para disfrutar de su suerte. La Loca, como todos las noches, entierra un hueso fresco por si su cachorro vuelve. Nadie se enoja, a la mañana lo desentierra y se lo da a alguno de los perros más jóvenes.

Colita se acerca a la Renga y se echa a su lado, mirando el mar. Trata de imitar la tranquilidad de la perra vieja.

—¿Qué vamos a hacer con los Perritos Nuevos? Son todavía muy chiquitos para comer lo mismo que nosotros... necesitan leche. Hoy era un buen día para dejarlos en la estación, ¡pero acá...! No se los va a llevar nadie... Y en el invierno, apenas si va a alcanzar para los que éramos hasta ahora: el Salvaje, el Arisco, la Loca, los hermanitos negros... Ay, Renga... —Colita suspira.

Los ladridos de la Loca quiebran el monótono murmullo del mar.

—Por suerte el Hermanito Perdido no volvió, seguro que consiguió una familia que lo quiere... ¿no le parece?

—Estoy segura —dice la Renga. Y sigue pensando en cómo alimentar a los Perritos Nuevos.

Pero su oído de vieja ladrona no la engaña. ¿Por qué ladra la Loca? Autos no pasan. Apenas seis o siete entre que el sol sale y el sol se pone. ¿Entonces? Se da vuelta con dificultad, y lo ve. Es el Hermanito Perdido que, caminando por el medio de la avenida costanera, estira la pena junto a su sombra.

Colita también lo ve y comprende esa sensación mejor que nadie. Ella también fue una cachorrita regalona que lamía los pies de los turistas. Ella también supo ganarse el amor de una familia durante un verano. No le había sido nada fácil arrastrar nuevamente hasta la guarida su vergüenza de mirada hambrienta.

—¡Vamos a recibirlo! —dice y busca la mirada de la Renga, para que lo apruebe.

Pero Arisco, a pocos pasos de allí, se arquea y la mira con recelo. Salvaje se aleja por el acantilado hacia la nada. La Chillona, el Negro y el Vago lo reconocen; paran las orejas, alzan la cola, esperan una señal.

—Yo le avisé que esto iba a pasar —dice Arisco—. ¿Por qué se fue?

—Fue lo mejor para él. Sólo va estar unos días triste, después... —trata de explicar Colita.

—No, le va a resultar muy difícil sobrellevar el abandono. Yo le avisé... Además, acá...

—¡Por favor, Arisco! También a usted le avisaron y se fue igual —intercede la Renga y quiebra el viento con un ladrido que es casi una orden. —¡Chillona, Negro, Vago! ¡Vayan a recibir a su Hermanito Perdido!

Colita mira a Arisco asombrada y herida. No conocía su pasado de perro abandonado. Había aparecido por la guarida el verano que Colita estaba afuera y, a su regreso, un poco por arrancarla de la tristeza y otro poco para enamorarla, le había contado mil historias sobre las playas exóticas que había recorrido. Decía ser un viajero de paso que dejaba sus hábitos aventureros por amor.

La mirada severa de la Renga les recuerda que no es el momento de pedir explicaciones ni de darlas.

—Bienvenido, Hermanito Perdido —dicen ahora sus hermanos los perros jóvenes, los no tan jóvenes y los viejos. Los recién nacidos todavía no saben de reencuentros.

La Loca le ofrece el hueso reservado a su cachorro, y está a punto de alegrarse, pero su propia pena la envuelve como el viento:

—En algún lugar de este pueblo hay una mamá triste porque la separaron de sus cachorros.

—¡Una mamá! ¡Claro! —Hermanito Perdido levanta las orejas y desenturbia la mirada— En el edificio donde yo vivía, una perra estuvo llorando largo. No pude verla, pero tal vez sea la mamá de estos perritos.

—¿Podría llevarnos hasta esa casa? —pregunta la Renga.

—Sí, pero...

—No pierda tiempo entonces. Vaya con sus hermanos y el Arisco y traiga a esa mamá para que amamante a sus cachorros.

Galopan la avenida costanera casi hasta la otra punta del pueblo, donde el nudo final lo hace un muelle y no una guarida. Allí se alejan del ruido del mar, dos cuadras para adentro de las luces. Se detienen. Hermanito Perdido

olfatea decidido una puerta de madera. Ladra. Sus compañeros lo imitan. Ladran muy fuerte, aúllan; Hermanito Perdido llora un poco aprovechando el ruido. Todavía encuentra en el aire el olor de ese chico que dijo quererlo, y, en la tierra, la humedad de las lágrimas que regaron ese cantero horas atrás, cuando se separaban en esa puerta y el chico era arrastrado por el brazo firme de su papá hacia la estación.

De lejos llegan algunos ladridos débiles de perros amables que contestan. Pero no quedan dudas, el edificio está vacío.

Vuelven despacio para la guarida, por el medio de la avenida costanera: vuelven con la pena honda, las orejas bajas, el rabo caído. Un auto pasa y los obliga a separarse, a olfatear el cordón de la vereda. Ya van llegando.

La Loca ladra, pero no a ellos: al auto, como siempre. Y el auto también ladra. Adentro una perra se desespera. El auto sigue de largo hacia la ruta.

—Todos los veranos son más o menos iguales —piensa la Renga y se dispone a sacar de la caja a los Perritos Nuevos para acomodarlos junto a su cuerpo y pasar la noche.

Más allá, los hermanitos negros se acurrucan alrededor del recién encontrado para que les cuente los olores de su historia. Colita y Arisco vuelven a sus tesoros de la mañana y a su amor de siempre. Salvaje merodea la zona, no comparte sus tristezas.

La Loca ladra. La Renga levanta la vista, retrocede alerta. Desde la ruta, caminando por el medio de la avenida costanera, la sombra de una Mamá Fugitiva se desembaraza de su tristeza y va al encuentro de sus crías. Esta vez van a ser muchos para pasar el invierno, van a ser muchos pero va a alcanzar, de alguna manera va a alcanzar.